

Andrés Sabella

La poesía de Rafael Alberti



LITORAL LOZADA, de Buenos Aires ha publicado, en su Colección de Poetas de España y América, que dirige Amado Alonso y Guillermo de Torre, «Poesía», (1924-1938), de Rafael Alberti. (1) Es una jornada que se abre en la sal juguetona y expresiva de «Marinero en Tierra» y alcanza hasta «Capital de la Gloria», y que se apunta en los mapas con su emblema regio: una mancha de sangre española, una sola brillante mancha de sangre española.

Anima a esta antología un soplo de bosques viriles y en su pulso se condensa el mundo.

Rafael Alberti está siempre anegado y bendito del zumo agreste y penetrante de la Tierra. Es retoño de la piedra y jacinto de fuego en el esplendor de la arena. Es el poeta en quien el verso se vació, como un fruto delicado y sin familia, y a quien el mar le ha dado vaguedad y fulgor, su condición de ola regida por un niño desnudo y jovial.

En Alberti la sangre tiene finas gradaciones; así, celeste-cielo («Sobre los Angeles»), celeste-océano («Marinero en Tierra»), celeste-carne, («Capital de la Gloria»), sin desdeñar otras, puras en su área. Pero la domina y exalta el inconmen-

(1) Nació Rafael Alberti en el puerto de Santa María, próximo a Cádiz.

surable color Hombre y la esculpe para el tiempo el potente y grave color Universo. Esto explica su noble situación política en la Guerra de España, con el prólogo de banderas incandescentes de su poema «Un fantasma recorre Europa»:

Un fantasma recorre Europa,
el mundo.
Nosotros le llamamos camarada».

«Poesía» es un total de substancias vibrantes y encendidas. Su lectura, como un viaje en geografías alucinadas donde el corazón se conmueve, a cada instante, por acontecimientos que superan la crónica más digna del sol cotidiano:

«Mamaba el toro, mamaba
la leche de la serrana.

Al toro se le ponían
ojos de muchacha.

Ya que eres toro, hijo mío,
dame una cornada.

Verás que tengo otro toro
entre las entrañas.

(La madre se volvió hierba,
y el toro, toro de agua). (1)

De este viaje ha quedado en mi frente lo que sigue, y que es la trayectoria de la poética de Alberti, ciudadano lunar,

(1) Este poema pertenece a los inéditos que aparecen en la edición de Lozada, dedicado a María Teresa.

novio de todas las sirenas y soldado en quien dijo el rayo sus profecías:

«Marinero en tierra»

Gracia en volutas emerge en cada poema de este libro, cuyas páginas, tatuadas por alfilerillos de yodo, «sorprendieron de alegría» a Juan Ramón Jiménez, lo que es mérito, puesto que este varón, todo como de rocío y cristales, encarna la bella suavidad, esa transparencia mágica que pende como un firmamento superpuesto sobre el Universo, (1)

El mar ilumina las sienas de Alberti y una epifanía de caracoles lo conduce. El mar, que finge Hespérides lontanas y serrallos ilusorios, sella su garganta para otro oficio y la palabra de Alberti muere en una ilusión de nuevas aguas para su sueño:

«Retorcedme sobre el mar,
al sol, como si mi cuerpo
fuera el jirón de una vela».

En su Parte Segunda, este libro inaugura el culto por la forma nítida, con iluminación de luciérnagas, que conformará considerable porción de poetas, en quienes lo delicado ha sido galardón y martirio..., cuando no sencilla inscripción funeraria por ignorar su propia raíz y correr tras la de Alberti.

Y, he aquí ¡alto! Si bien es cierto que Alberti patentiza esta corriente y su nombre apadrina la renovación, no es menos efectivo que existe una predisposición ambiental para ella, para lo ingenuo. ¿Depresión creadora, refugiándose en el mol-

(1) «Marinero en Tierra» trae una carta de Juan Ramón Jiménez; leemos en ella de la Poesía de Alberti: «popular», pero sin acarreo fácil: «personalísima».

Este libro obtuvo en 1924 el Premio Nacional de Literatura.

de, retorno a la infancia por afán purificador? Por esto resulta peligroso tildar, de buenas a primeras, de albertiano. A Rafael corresponde el grito. Pero flota un estado colectivo de cosas sin doble fondo, llanas, aclaradas por las albas de la emoción. Es lo ocurrido, entre nosotros, con Juan Negro en sus «Soneto Clásico», «Momento» y «Playera», de su «Mensaje de Poesía». Alberti supo tomar las llaves de oro de esta estilística diáfana con su soneto «A un capitán de navío». «Marinero en Tierra» inicia, además, en la voz de Alberti la fábula que no resiste otros pergaminos que los del aire, esa fábula que se mueve como un hermoso animal en nuestras manos, que es día de opio y pequeña alegría de corales en nuestra soledad: «Elegía», la de «La niña Rosa». Y el dolor del mar no falta en este libro manso y dúctil, no falta y su presencia es una hoguera de algas en el confín de la memoria:

«¡Traje mío, traje mío,
nunca te podré vestir,
que al mar no me dejan ir!».

«La amante»

Algo de España en un álbum de verdes y de mañanas. El paisaje castellano no con extasismo: vibrando, sano, en el móvil espejo del pecho de Alberti:

«Castilla tiene castillos,
pero no tiene una mar.
Pero sí una estepa grande,
mi amor donde guerrear.

Mi pueblo tiene castillos,
pero también tiene una mar,
una mar de añil y grande,
mi amor, donde guerrear.

«Panoramas casi humanos», 1925.

«El alba del alhelí»

Alberti prosigue su faena de hacedor de biografías fabulosas, de perfiles para el goce del sueño, (1925-1926).

Con ejecutoria limpia trabaja sus cantos. El idioma se le abre como una fruta dócil y le destila su frescura:

«Toca la campana
de la catedral.
¡Y yo sin zapatos,
yéndome a casar!

¿Dónde está mi velo,
mi vestido blanco,
mi flor de azahar?

¿Dónde mi sortija,
mi alfiler dorado
mi lindo collar?

¡Date prisa, madre!
Toca la campana
de la catedral.

¿Dónde está mi amante?
Mi amante querido,
¿en dónde estará?

Toca la campana
de la catedral.
¡Y yo sin mi amante,
yéndome a casar!

Es la deliciosísima composición «La Novia», que con «La Maldecida», «La Encerrada» y «El Extranjero» constituyen los cardinales del donaire del libro.

«Nana» sirve, admirablemente, para antología de niños. Y nos muestra hasta qué punto es verídico el solo poder de las palabras para lograr la Poesía. Es un juego de ramas jóvenes en la luz del verbo:

«Yo no sé de la niña,
no sé.
Que yo no sé cómo es».

Cabe recordar que García Lorca obtuvo numerosas piezas de su gloria con estas miniaturas, donde la idea es un sombrero perdido en el cielo, pero donde «lo inefable poético» reside soberano y dominador. Esta «Nana» es un agudo retrato del interior de Alberti: manantial de gracia repartido al mundo, espigas de agua, poeta poeta, como la paloma paloma.

«Cal y Canto»

Comprende este libro la producción de los años 1926 y 1927. Y el soneto hace de conchaperla su mañana:

«No si de arcángel triste, ya nevados
los copos, sobre ti, de sus dos velas.
Si de serios jazmines, por estelas,
de ojos dulces, celestes, resbalados».

.....
De marfil naces y de marfil mueres,
confinada y florida de jardines
lacustres de dorada y verde espuma».

La desnuda arquitectura del poema, cede paso al círculo difícil, al monograma de fuego, y se enriquece el léxico, y se

violenta y se colora con abundancia. El soneto de tan monumental figura se torna girasol, copo de centella y alegoría, y en su fondo están su porvenir y sus tradiciones.

La Parte Segunda de «Cal y Canto» es ancha casa de tercetos, factura que en la diestra de Alberti deviene triple río de miel y de sonrisa:

«Playeras y siroco. Capitana,
la mar: luna en el pecho. A la cintura,
rota, la banda azul de la mañana»,

El poeta libre ha penetrado al estilo, al sabor que reposa en el tiempo. Mas, ¡con qué energía de cometa, con qué ademán de sueño de los estíos! Concede la piel. Nunca el impulso de sus máquinas interiores. Moderno y de siempre. Poeta:

«De sombra, sol y muerte, volandera
grana zumbando, el ruedo gira herido
por un clarín de sangre azul torera».

Con sabiduría formal, ha escrito en este libro Alberti un homenaje a Góngora, «Soledad Tercera», que posee de sobra, eso «tan propenso al color y a la imagen» que apuntara en Góngora, Santiago Montoto.

En seguida, vuelve Alberti a su andar de alondra violadora de primaveras y llega a sus labios un humor cristalino y actualista:

«Nueva York.
Un triángulo escaleno
asesina a un cobrador.
El cobrador, de hojalata,
y el triángulo de prisa,
otra vez a su pizarra.

Nick Carter no entiende nada.
¡Oh!
Nueva York».

«Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho
dos tontos», (1929)

El título es una cita de Calderón de la Barca.

Una guía de bastoncillos, gafas y contorsiones del cine le preocupa al poeta en este libro. La Poesía se derrama imprevista y reidora, sin que la lógica la fiscalice ni la belleza rompa en su cauce sus margaritas de vidrio:

«Buenas noches, Mary, María.
Juraría yo también que todavía eres tú demasiado niña
para comprender que el relente da calor a los grillos
y que sin embargo deforma los sombreros de paja».

«Cita triste de Charlot», es un affiche a media sonrisa.

«Sobre los Angeles»

De repente, una mano golpea el cielo y empiezan a caer ángeles, que Alberti se apresura a entrevistar para su indiscutida calidad de Ludwig angélico, (1927-1928). (1)

El saborea revelaciones inéditas, escucha tragedias a diez millones de días del sol, penetra los secretos de la Corte Celestial y nos deja un libro que al leerse nos va cosiendo alas en los dedos:

(1) En la «Antología de la Poesía Española Contemporánea», (1900-1933), se afirma que «Sobre los Angeles» es «la manifestación quizás más plena de la Poesía española del momento», (1934).

Otro libro en que puede encontrarse mayor juicio sobre Alberti: «La Nueva Poesía Española», (1932); ambos de Souvirón.

«Ángel de luz, ardiendo,
¡oh, ven! y con tu espada
incendia los abismos donde yace
mi subterráneo ángel de las nieblas».

En «Tres recuerdos del Cielo», homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer, palpita una linda joya de plata, que se nos engarfia a la lengua y nos asocia al sur de las estrellas:

«Aun los valsos del cielo no habían desposado al jazmín y la
[nieve,
ni los aires pensado en la posible música de tus cabellos,
ni decretado el rey que la violeta se enterrara en un libro».

Los poemas se ensanchan y colindan con la prosa, como los anticipos de

«Sermones y moradas»

1929-1930. Lenguaje de sombra hechizadas. Los espejos se combaten. El hombre comienza a tentar sus pliegues íntimos y se marcha a cortar el nudo ciego de eternidad que esconde en sus entrañas. Ha muerto toda vegetación y el desierto del ser brama por encima de los sueños:

«Siento que andan las islas,
que la tierra se asombra de sentirme otro hombre tan distinto
al que impuso a sus huéspedes la pena de matarlo día a día».

«Verte y no Verte»

Es una elegía para Ignacio Sánchez Mejía, (1934), donde la sangre se encrespa como una guirnalda de azufre.

«El poeta en la calle»

Alberti descubre una huella de sangre en los astros, y los pájaros le llevan el mensaje de España llagada por fascistas. Entonces, su cielo se vuelve metralla y en sus venas el relámpago canta enfurecido:

«Mañana dejo mi casa,
dejo los bueyes y el pueblo,
—¡Salud! ¿A dónde vas, dime?
—Voy al 5.º Regimiento».

(1931-1936, «Romances de la guerra de España», 1936).

«De un momento a otro»

Llama Alberti a esta sección Poesía e Historia, 1932-1938): cólmala ese cartel de llamas que es «Un fantasma recorre Europa», (¡Cómo sonríen Carlos Marx y Federico Engels!), canción de esperanza y de cariño, puño de hombre en mitad del destino:

«lo sentamos a la mesa del campesino pobre».
«13 bandas y 40 estrellas».

En la estampa clara de Juan Marinello asienta Alberti su fervor por nuestra América:

«Yo también canto a América futura», (1935)

Un taladro antiimperialista girando, girando, girando:

«Nueva York, Wall Street, Banca de sangre,
áureo pulmón comido de gangrena,
araña de tentáculos que hilan
fríamente la muerte de otros pueblos».

Y en «Casi son», ternura maravillosa, deja su lección de unidad en el combate y en el común afán de libertad por Cuba, ajedrez musical de vida y muerte:

«Negro, da la mano al blanco.
Blanco, da la mano al negro.
Mano a mano,
que Cuba no es del cubano,
que es del norteamericano».

«Capital de la Gloria»

Es en Madrid y entre los calendarios ensangrentados de los años 1936 y 1938:

«Ciudad, ciudad presente,
guardas en tus entrañas de catástrofe y gloria
el germen más hermoso de tu vida futura.
Bajo la dinamita de tus cielos, crujiente,
e oye el nacer del nuevo hijo de la victoria.
Gritando y a empujones la tierra lo inaugura».

Por la luz marchan legiones de fantasmas y España es el baluarte del Hombre. Alberti, que a través de sus años «va a lo popular con intervención artística», (José Bergamín), se enrolla de cuerpo y alma enteros a los batallones de la Democracia, y su lealtad al pueblo se enraíza ya no en el mero cantar, sino que en la actitud y en la acción plenas de médula social.

Pero como «es Rafael Alberti el poeta más apasionado de la poesía que me ha tocado conocer», según Pablo Neruda, no puede permanecer ausente, a pesar del hambre y la muerte, del insomnio y la angustia, de sus territorios personales, y alza la voz: y el poema es en su boca y en el frenesí de la sangre.

El General Kleber, las Brigadas Internacionales, el campesino, los muertos, inspiran sus descansos, y su Poesía torna a poseer esa claridad de surtidores que el sol designa sus leales:

«Tanto sol en la guerra, de pronto, tanta lumbre
desparramado a carros por valles y colinas;
tan rabioso silencio, tan fiera mansedumbre
bajando como un crimen del cielo a las encinas», (1)

El pulcro romance de «Marinero en Tierra» a García Lorca es ahora elegía. La espuma, los anillos, el alhelí, han sido reemplazados por la bala, los obuses, el fusil. En el firmamento no se escriben coplas, se redacta el testamento de millones de explotados. . . De esta manera no resulta difuso el verso final de «Nocturno»:

«Siento esta noche herida de muerte las palabras».

La República reclama estatuas de rubí y llanto, estatuas con la altura del laurel inmortal, y están con ella los varones besados por la aurora y los poetas; éstos evitan el sombrío vuelo del escarnio y legan los episodios heroicos que agrandarán los cauces de la historia.

Alberti trabaja, Una fe de clase tremola en su pluma:

«Primero de Mayo.
Himnos, sangre, flores.
Primavera del triunfo de los trabajadores».
(Ultimos poemas)

El ciclón macabro de la traición ha pasado. Los mejores hijos de España, o viajan a la muerte o al exilio. En esta Ca-

(1) Pablo Neruda: «Mis amistades y enemistades literarias», revista. «Qué hubo», Santiago de Chile, N.º 44.

lle de la Amargura, Alberti escribe Poesía que, aparentemente, nada arrastra de la guerra. Mas, adentrándola, surgen símbolos, alusiones, muertes, equívocos, distancias que resumen un sin olvido gemir de carnes castigadas:

«La vida hiende vida en plena vida.
Y aunque la muerte gane la partida,
todo es un campo alegre de batalla».

«Multiforme, dislocado, pero extraño en magnificencia de actividad poética». Alberti y su ejemplar compañera, María Teresa León, tienen en Chile un largo mes de nuestro fervor y nuestros sentimientos.

Y el saludo digámoslo con el del cordial uruguayo Cipriano Santiago Viturera:

«Llévalo a tu descanso en las montañas:
tiene el color del alba y del crepúsculo,
tiene el respeto de las esperanzas...» (1)

(1) Cipriano Santiago Viturera: «Saludo a Rafael Alberti», revista «A. I. A. P. E.», órgano de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores por la Defensa de la Cultura, (Sección Uruguaya), N.º 30.